

“La justicia de Dios se ha manifestado por la fe en Jesucristo” (cf. Rm 3, 21-22)

Miércoles de Ceniza: 17 de febrero de 2010

* * *

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, con ocasión de la Cuaresma, la Iglesia nos invita a una sincera revisión de nuestra vida a la luz de las enseñanzas evangélicas. Este año quiero proponeros algunas reflexiones sobre el vasto tema de la justicia, partiendo de la afirmación paulina: «La justicia de Dios se ha manifestado por la fe en Jesucristo» (cf. *Rm* 3,21-22).

Justicia: “dare cuique suum”

Me detengo, en primer lugar, en el significado de la palabra “justicia”, que en el lenguaje común implica “dar a cada uno lo suyo” - “*dare cuique suum*”, según la famosa expresión de Ulpiano, un jurista romano del siglo III. Sin embargo, esta clásica definición no aclara en realidad en qué consiste “lo suyo” que hay que asegurar a cada uno. Aquello de lo que el hombre tiene más necesidad no se le puede garantizar por ley. Para gozar de una existencia en plenitud, necesita algo más íntimo que se le puede conceder sólo gratuitamente: podríamos decir que el hombre vive del amor que sólo Dios, que lo ha creado a su imagen y semejanza, puede comunicarle. Los bienes materiales ciertamente son útiles y necesarios (es más, Jesús mismo se preocupó de curar a los enfermos, de dar de comer a la multitud que lo seguía y sin duda condena la indiferencia que también hoy provoca la muerte de centenares de millones de seres humanos por falta de alimentos, de agua y de medicinas), pero la justicia “distributiva” no proporciona al ser humano todo “lo suyo” que le corresponde. Este, además del pan y más que el

pan, necesita a Dios. Observa san Agustín: si “la justicia es la virtud que distribuye a cada uno lo suyo... no es justicia humana la que aparta al hombre del verdadero Dios” (*De Civitate Dei*, XIX, 21).

¿De dónde viene la injusticia?

El evangelista Marcos refiere las siguientes palabras de Jesús, que se sitúan en el debate de aquel tiempo sobre lo que es puro y lo que es impuro: “Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre... Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas” (*Mc* 7,15. 20-21). Más allá de la cuestión inmediata relativa a los alimentos, podemos ver en la reacción de los fariseos una tentación permanente del hombre: la de identificar el origen del mal en una causa exterior. Muchas de las ideologías modernas tienen, si nos fijamos bien, este presupuesto: dado que la injusticia viene “de fuera”, para que reine la justicia es suficiente con eliminar las causas exteriores que impiden su puesta en práctica. Esta manera de pensar —advierte Jesús— es ingenua y miope. La injusticia, fruto del mal, no tiene raíces exclusivamente externas; tiene su origen en el corazón humano, donde se encuentra el germen de una misteriosa convivencia con el mal. Lo reconoce amargamente el salmista: “Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre” (*Sal* 51,7). Sí, el hombre es frágil a causa de un impulso profundo, que lo mortifica en la capacidad de entrar en comunión con el prójimo. Abierto por naturaleza

al libre flujo del compartir, siente dentro de sí una extraña fuerza de gravedad que lo lleva a replegarse en sí mismo, a imponerse por encima de los demás y contra ellos: es el egoísmo, consecuencia de la culpa original. Adán y Eva, seducidos por la mentira de Satanás, aferrando el misterioso fruto en contra del mandamiento divino, sustituyeron la lógica del confiar en el Amor por la de la sospecha y la competición; la lógica del recibir, del esperar confiado los dones del Otro, por la lógica ansiosa del aferrar y del actuar por su cuenta (cf. *Gn* 3,1-6), experimentando como resultado un sentimiento de inquietud y de incertidumbre. ¿Cómo puede el hombre librarse de este impulso egoísta y abrirse al amor?

Justicia y Sedaqad

En el corazón de la sabiduría de Israel encontramos un vínculo profundo entre la fe en el Dios que “levanta del polvo al desvalido” (*Sal* 113,7) y la justicia para con el prójimo. Lo expresa bien la misma palabra que en hebreo indica la virtud de la justicia: *sedaqad*. En efecto, *sedaqad* significa, por una parte, aceptación plena de la voluntad del Dios de Israel; por otra, equidad con el prójimo (cf. *Ex* 20,12-17), en especial con el pobre, el forastero, el huérfano y la viuda (cf. *Dt* 10,18-19). Pero los dos significados están relacionados, porque dar al pobre, para el israelita, no es otra cosa que dar a Dios, que se ha apiadado de la miseria de su pueblo, lo que le debe. No es casualidad que el don de las tablas de la Ley a Moisés, en el monte Sinaí, suceda después del paso del Mar Rojo. Es decir, escuchar la Ley presupone la fe en el Dios que ha sido el primero en “escuchar el clamor” de su pueblo y “ha bajado para librarle de la mano de los egipcios” (cf. *Ex* 3,8). Dios está atento al grito del desdichado y como respuesta pide que se le escuche: pide justicia con el pobre (cf. *Si* 4,4-5.8-9), el forastero (cf. *Ex* 20,22), el esclavo (cf. *Dt* 15,12-18). Por lo tanto, para entrar en la justicia es necesario salir de esa ilusión de autosuficiencia, del profundo estado de cerrazón, que es el origen de nuestra injusticia.

En otras palabras, es necesario un “éxodo” más profundo que el que Dios obró con Moisés, una liberación del corazón, que la palabra de la Ley, por sí sola, no tiene el poder de realizar. ¿Existe, pues, esperanza de justicia para el hombre?

Cristo, justicia de Dios

El anuncio cristiano responde positivamente a la sed de justicia del hombre, como afirma el Apóstol Pablo en la *Carta a los Romanos*: “Ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado... por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, pues no hay diferencia alguna; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia (*Rm* 3,21-25).

¿Cuál es, pues, la justicia de Cristo? Es, ante todo, la justicia que viene de la gracia, donde no es el hombre que repara, se cura a sí mismo y a los demás. El hecho de que la “propiciación” tenga lugar en la “sangre” de Jesús significa que no son los sacrificios del hombre los que le libran del peso de las culpas, sino el gesto del amor de Dios que se abre hasta el extremo, hasta aceptar en sí mismo la “maldición” que corresponde al hombre, a fin de transmitirle en cambio la “bendición” que corresponde a Dios (cf. *Ga* 3,13-14). Pero esto suscita en seguida una objeción: ¿qué justicia existe dónde el justo muere en lugar del culpable y el culpable recibe en cambio la bendición que corresponde al justo? Cada uno no recibe de este modo lo contrario de “lo suyo”? En realidad, aquí se manifiesta la justicia divina, profundamente distinta de la humana. Dios ha pagado por nosotros en su Hijo el precio del rescate, un precio verdaderamente exorbitante. Frente a la justicia de la Cruz, el hombre se puede rebelar, porque pone de manifiesto que el hombre no es un ser autárquico, sino que necesita de Otro para ser plenamente él mismo. Convertirse a Cristo, creer en el Evange-

lio, significa precisamente esto: salir de la ilusión de la autosuficiencia para descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia de los demás y de Dios, exigencia de su perdón y de su amistad.

Se entiende, entonces, como la fe no es un hecho natural, cómodo, obvio: hace falta humildad para aceptar tener necesidad de Otro que me libere de lo “mío”, para darme gratuitamente lo “suyo”. Esto sucede especialmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Gracias a la acción de Cristo, nosotros podemos entrar en la justicia “más grande”, que es la del amor (cf. *Rm* 13,8-10), la justicia de quien en cualquier caso se siente siempre más deudor que acreedor, porque ha recibido más de lo que podía esperar.

Precisamente por la fuerza de esta experiencia, el cristiano se ve impulsado a contribuir a la formación de sociedades justas, donde todos reciban lo necesario para vivir según su propia dignidad de hombres y donde la justicia sea vivificada por el amor.

Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma culmina en el Triduo Pascual, en el que este año volveremos a celebrar la justicia divina, que es plenitud de caridad, de don y de salvación. Que este tiempo penitencial sea para todos los cristianos un tiempo de auténtica conversión y de intenso conocimiento del misterio de Cristo, que vino para cumplir toda justicia. Con estos sentimientos, os imparto a todos de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 30 de octubre de 2009

BENEDICTUS PP. XVI

CONFERENCIA DE PRENSA DE PRESENTACIÓN DEL MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA CUARESMA 2010 (traducido por Google)

A las 11:30 de esta mañana en el salón de clases, Juan Pablo II de la Prensa de la Santa Oficina celebró la conferencia de prensa para presentar el mensaje del Santo Padre para la Cuaresma de 2010, sobre “La justicia de Dios se manifiesta a través de la fe en Cristo “(Romanos 3: 21-22).

Intervienen: Emmo. Cardenal Paul Josef Cordes, presidente del Consejo Pontificio Cor Unum, el Prof. Dr. Hans-Gert Pöttering, Presidente Emérito del Parlamento Europeo y Presidente de la Fundación Konrad Adenauer y el obispo de Giampietro Rev.mo Toso, Subsecretario del Pontificio Consejo Cor Unum.

Publicamos enseguida la intervención del Prof. Dr. Hans-Gert Pöttering, y el cardenal Paul Josef Cordes:

• INTERVENCIÓN DEL PROF. Hans-Gert Pöttering,

Es bueno que a través del mensaje del Santo Padre a la Iglesia se ilumina para nosotros el contexto espiritual de la Cuaresma. Para nosotros los cristianos, las razones y la misión de la Cuaresma están incluidos en esta interpretación teológica impresionante: para trabajar en unión con el Creador de nuestra responsabilidad en el mundo. Yo como un político no puede de ninguna manera ni siquiera intentan ser tan profundo como el Santo Padre cuando habla de la visión religiosa de la justicia. Con toda modestia que lo haría, sin embargo, como para cumplir con la petición que se me hizo reflexionar con ustedes en varias implicaciones políticas de la lección cristiana de la justicia.

El tema es tan antiguo como filosofar sobre la política en sí es. Y es más pertinente que nunca en nuestro mundo contemporáneo de la globalización y el encuentro entre culturas y religiones. En la filosofía política, a uno le gusta empezar con una retrospectiva sobre las dos figuras centrales de la Antigüedad, Platón y Aristóteles. Ya en sus obras, nos encontramos con los aspectos de la comprensión de la justicia que el Santo Padre ha llamado el interior y el exterior de la comprensión de la justicia humana. Platón consideraba la justicia como una idea inmutable, trascendente, del que el alma del ser humano singular, es una parte de. Aristóteles, subrayó que la justicia no es sólo una virtud interior, pero siempre también tiene que ser visto con respecto a los demás. La reflexión política que llamamos hoy “justicia correctiva” y “justicia distributiva” corresponden a esta idea de la intersubjetividad. El padre de la iglesia Santo Tomás de Aquino también tiene una participación considerable en esta interpretación de la idea de justicia. El Santo Padre ha indicado que una forma secular radicalizados de la idea de justicia distributiva que se desvincula de la fe en Dios se convierte en ideológica. Como político, me gustaría añadir lo siguiente: Hemos experimentado en el socialismo se derrumbó en esta forma de pensar puede llevar a.

Por lo tanto, es de suma importancia también para una consideración política de la justicia para mantener el equilibrio entre la idea de justicia que dormita en el alma de cada ser humano y la realidad material siempre que sólo puede ser pensado en relación a los demás, hacia nuestros compañeros los hombres y hacia el sistema en que vivimos

Hemos experimentado una y otra vez en los últimos dos siglos en Europa y en otras partes del mundo, en qué medida este equilibrio puede mezclarse. La libertad y la igualdad han sido continuamente en oposición entre sí desde la Revolución Francesa inscrito estos dos postulados en su bandera. Sin embargo, en el curso de la lucha hacia la libertad y la igualdad, la tercera idea por escrito en las banderas de la Revolución Francesa se ha descuidado: la fraternidad. Políticamente, se habla de “solidaridad”. Teológicamente, siempre hemos hablado de la caridad. En estas palabras - caridad, la

solidaridad, la fraternidad - se encuentran la clave de una verdadera comprensión de la responsabilidad de los cristianos en el mundo - un entendimiento, que sea apropiada a nuestra época de globalización. La solidaridad o la caridad implica la responsabilidad de defender y proteger la dignidad universal de cualquier ser humano en cualquier parte del mundo bajo cualquier circunstancia.

Si queremos preservar la libertad y, si queremos aumentar la justicia, entonces tenemos que colocar el valor de la fraternidad o la solidaridad en el centro de nuestro pensamiento político. En la Unión Europea, hemos logrado un milagro político único en el espíritu de solidaridad, que casi nadie hubiera considerado posible en la final de la Segunda Guerra Mundial. Con la reunificación de Europa después del fin de la Guerra Fría, hemos demostrado a nosotros mismos con el principio de solidaridad evidente entre los Estados y los pueblos de la antigua y la nueva Unión Europea. Últimamente, las medidas conjuntas adoptadas para luchar contra la crisis financiera ha demostrado que una forma común de pensar y una política común son posibles en la Unión Europea.

Sin embargo, el poder de la solidaridad se ha desvanecido y no dentro de Europa desde la reunificación. En cuanto a nuestras relaciones con los demás pueblos de la tierra, especialmente con los más pobres entre ellos, la idea de solidaridad es en el mejor en la fase incipiente. Mientras que Europa y el mundo ya han invertido sumas inimaginables para la lucha contra la crisis financiera, la aplicación de la caridad, deja mucho que desear, especialmente en la lucha contra el hambre en el mundo. La determinación con la que Europa y el mundo han reaccionado a la crisis financiera muestra que la cooperación internacional puede superar enormes desafíos. Una firmeza similar es igualmente necesario en la lucha contra la pobreza en todo el mundo. Europa y la comunidad internacional tienen la obligación moral de asumir la responsabilidad adicional. 2010 como “Año Europeo para combatir la pobreza y la exclusión social”, ofrece el marco ideal para un fuerte y eficaz dedicación de la Unión Europea a hacer más por los más pobres del planeta.

Es precisamente aquí que la política tiene que adoptar el Mensaje para la Cuaresma del Santo Padre: necesitamos otra vez un espíritu de solidaridad europeos. Y, más que nunca, necesitamos un espíritu europeo de solidaridad con todos los pueblos y las culturas de este mundo único. Esos son los dos sociales más importantes tareas éticas que enfrenta la Unión Europea. Esto no es sólo acerca de la provisión de medios materiales, aunque esto es tan importante. En primer lugar, sin embargo, se trata de una renovación espiritual que la Unión Europea tiene que conseguir: Se trata de abordar las tareas que nos enfrentamos en el espíritu de solidaridad y que aprovechemos las posibilidades que tenemos en un relativamente rico y Europa privilegiado para que la justicia sea una realidad para tantas personas como sea posible. Donde se experimenta la justicia, el valor de la libertad es igualmente fortalecida.

“El desarrollo es el nuevo nombre de la paz”, que es la forma en Pope Paul VI. formulado en 1967 en su *progressio* Enzyklika “*Populorum*”. Hoy en día, creo, tenemos que ir un paso más allá y decir “la solidaridad es el nuevo nombre de la paz”. En la formulación de esto, llevar la libertad y la igualdad de nuevo en un equilibrio adecuado con la solidaridad. Así es como la lucha por la justicia encuentra su raíz más profunda ética, la raíz de la fraternidad y, formulado de una manera cristiana de la caridad. En este sentido, entiendo que el propósito del Santo Padre y de su interpretación del mensaje de Cuaresma de 2010 en el espíritu de la justicia.

La solidaridad no es abstracta, tiene que ser concreto. Hoy en día, nos damos cuenta de que los países ricos son cada vez más ricos y los pobres siempre los países son cada vez más pobres siempre. Dos mil millones de personas viven con menos de 1,5 dólares de los EE.UU. por día. No es de esperar - por más que esto sería deseable - que los países ricos rápidamente aumentará su ayuda al desarrollo. Por lo tanto, también tenemos que intentar nuevas vías. El proyecto “UNITAID” que está

estrechamente asociada a la Organización Mundial de la Salud de las Naciones Unidas tiene por objeto luchar contra el VIH, la malaria, la tuberculosis y otras enfermedades en 93 de los países más pobres. Una gran parte de la financiación se eleva por una pequeña suma adicional sobre los billetes de avión. Gracias a un coste adicional de uno o dos dólares de los EE.UU. por billete, era posible reunir una cantidad total de 1,5 millones de dólares US en el que participan 15 países durante los últimos tres años y tres meses.

Me gustaría proponer a ampliar esta iniciativa a todos los países y todas las compañías aéreas. Los pasajeros de aerolíneas pueden permitirse el lujo de pagar este pequeño incremento del precio del billete. Con miles de millones adicionales que podrían ayudar a aliviar la miseria en el mundo.

Por otra parte, estoy profundamente convencido de que la tarea de la solidaridad mundial no es sólo una preocupación importante. La justicia y la paz, la redistribución y el reconocimiento sólo existe entre los pueblos y los estados de este mundo, si actuamos en solidaridad y en fraternidad también en nuestro diálogo sobre la fe y la base de nuestra cultura. Al hacerlo, también vamos a hablar de la comprensión de la justicia que es inherente a las diferentes culturas y religiones. La letra hebrea de Sedaqah, de los cuales el Santo Padre ha hablado en su Mensaje para la Cuaresma, incluye también - si he entendido bien - la idea de fidelidad hacia la propia comunidad. Esta idea judío nos puede ayudar a repensar nuestro sentido de obligaciones mutuas y sobre el equilibrio adecuado de derechos y obligaciones. En el Islam, la noción de justicia es, naturalmente derivados del Corán. Laico de Europa también la experiencia, en el curso del diálogo interreligioso e intercultural, que la noción de justicia en otras culturas es evidentemente influenciada por la religión. Hasta cierto punto, esto también ha sido el caso con la influencia cristiana en la noción de justicia y - por cierto - también en la noción de libertad y solidaridad. En muchos casos, nos hemos olvidado de la conexión entre la justificación religiosa y las ideas políticas. Se nos hará bien para volver a descubrir los tesoros de esta tradición - también a través del diálogo intercultural e interreligioso. Esto no tiene nada que ver con el fundamentalismo, pero mucho que ver con la pertinencia eterna de nuestras propias raíces. Cuando la actualización de nuestras raíces culturales y religiosas tiene éxito, seremos capaces de hacer una buena política de responsabilidad cristiana - también en una Unión Europea, principalmente seculares.

El respeto mutuo en el diálogo intercultural no significa cerrar los ojos antes insalvables contrastes. Sin embargo, sólo será capaz de detener el fanatismo en el mundo del siglo 21, si privamos a fanaticists, que quieren cambiar el mundo a través de la violencia, de los fundamentos espirituales sobre los que pueden manipular a mucha gente de buena voluntad. Por tanto, necesitamos un diálogo sincero de la solidaridad entre cristianos y musulmanes, entre los cristianos y los Judios. Necesitamos que entre los privilegiados que viven en la prosperidad y la libertad material y los que viven en los márgenes de la existencia social y cultural que están excluidos del crecimiento económico y oportunidades tecnológicas. Tenemos que forjar la idea de la solidaridad en un proyecto político que nos invita a tener un diálogo a través de las muchas barreras que separan a nuestro mundo de hoy. Sólo la solidaridad puede liderar el camino hacia una mayor libertad y justicia para más y más personas en todo el mundo.

De política que actúa fuera de la concepción cristiana del ser humano no debe disminuir la ambición. El Santo Padre nos ha señalado hacia dos conclusiones esenciales de la concepción cristiana de la justicia: renunciar a la autosuficiencia y la de aceptar nuestra misión con humildad. Esta es la brújula de cualquier política que se ha comprometido a la responsabilidad cristiana - no sólo en la Cuaresma de 2010, pero mucho más allá en este siglo 21 con la enorme tarea de dar forma a la globalización, que tiene por delante.

• **Intervención EMMO. CARD. Paul Josef Cordes**

En el otoño del año pasado alrededor de 250 obispos, sacerdotes y laicos, se reunieron en Roma para la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos. Pensaban que por más de tres semanas, bajo la presidencia de Papa Benedicto XVI, sobre “La reconciliación, la justicia y la paz”. Como Presidente del Consejo Pontificio Cor Unum, yo mismo participé en la discusión y formulación de propuestas que ahora están a disposición del Santo Padre para la preparación de sus declaraciones sobre el tema (“documento postsinodal”).

Cualquiera que haya seguido las noticias sobre el Sínodo, o incluso se ha encontrado entre sus miembros saben que el sufrimiento y la miseria de la gente en ese continente se han registrado de forma continua, hasta que se convirtió en el principal tema de alguna manera. Así pues, por ejemplo, cuando el obispo de Osogbo en Nigeria Abegunrin dijo que “la mala gestión debido a la corrupción, el tribalismo y la falta de respeto a la ley impide a la justicia y la reconciliación. En África, de norte a sur, de este a oeste, nuestros jóvenes son [...] las primeras víctimas de la violencia étnica, el genocidio, el bandidaje, la delincuencia, el tráfico de seres humanos, la corrupción y la mala gestión estado. Muchas intervenciones se han reportado dificultades similares. Las horas extraordinarias se articulan el informe especial sobre el Sudán y en particular la provincia de Darfur. Laico de África Rodolphe Adad, había un tiempo de tres cuartos de hora de informar en detalle sobre la prueba de que la población está viviendo en esa región. El ponente y el Representante Especial Conjunto de la Secretaría General de las Naciones Unidas y el Presidente de la Comisión de la Unión Africana en Darfur (Sudán).

Dijo, entre otras cosas, que las hostilidades en Darfur comenzó en 1989. En 2003, crearon el “Ejército de Liberación de Sudán, un grupo de rebeldes, que expulsó a los habitantes de la provincia de sus pueblos, por lo que miles y miles de personas tuvieron que huir para buscar refugio en los campamentos. Hace algún tiempo tuve ocasión de visitar en persona como un campo y vio la miseria de las personas que estaban allí. Mientras tanto, cientos de miles de personas han muerto durante los conflictos. Las Naciones Unidas, la Unión Africana y la Unión Europea han promovido incansablemente iniciativas - aunque a veces, probablemente con poca convicción. Así que ahora, nadie duda, se puede hablar de cese de los combates. El enviado de la ONU fue probablemente tranquilizar y señaló que en el interin, el conflicto es ahora sólo un poco de intensidad.

No sin razón resuena en todo el llamamiento mundial por la justicia. Por supuesto, la situación en el continente africano es particularmente dramática. Pero, como el Dr. Pöttering, el Presidente ya ha explicado, el mundo de la política y la convivencia de los pueblos en todas partes necesitan esta relación entre las diferentes fuerzas sociales. Este es el campo de la justicia. Se requiere la justicia a las relaciones entre grupos e individuos. Es aplastada por la violencia, la opresión de la libertad y la falta de respeto de la dignidad humana, con las malas leyes y la violación de los derechos, la explotación y salarios de hambre.

Este año, el Mensaje para la Cuaresma del Papa Benedicto XVI es la justicia. A la vista de las muchas maneras en las que está roto, comienza por definir el término “justicia” que es habitual en la cultura occidental como en el siglo tercero: “Dar a cada uno lo suyo - suum cuique. Así que el Papa deja en claro que primero tiene que ser políticamente la exigencia en esta definición. Así que hay factores sociales que deben ser corregidos, y en esta lucha - no olvidar - la Iglesia tiene sus méritos. Sería una calumnia que nos colocan entre los pobres cristianos que se oponían a la redistribución justa e incluso han aprovechado la constante defensa de un orden social injusto.

Sería negar la contribución del cristianismo a promover el bienestar y la dignidad de la persona. Siguiendo el ejemplo de Jesús, ya que los primeros cristianos se hicieron en contra de la necesidad del hombre. El Papa Calixto I (muerto hacia 222), quien había sido esclavo, instituyó una especie de banco para los pobres que ponen a las viudas y los huérfanos protegidos por impedir que los prestamistas fueron esclavizados. Basilio de Cesarea (+ 379), más conocido como un gran teólogo, fue el primero en establecer hospitales y, gracias a su reputación personal, se convirtió en un abogado de muchos oprimidos a los poderosos - como el emperador romano Valente (+ 378) . - O más tarde, en que la Edad Media que se dice que es tan “oscuro”, pensamos en la “tregua”. Los eclesiásticos a sí mismos protección de los bienes de las personas comunes frente a la nobleza y las convocatorias de manifestaciones de masas, al grito de “Pax Pax Pax” promovió con entusiasmo el deseo de una convivencia pacífica, los obispos, lo que confirma los decretos de la paz , blandiendo su ministerio para el cielo. Desde Francia, el movimiento de la “tregua” está muy extendido en España, Italia y Alemania. - Más tarde, en la era moderna, cuando los países europeos la convirtieron en otros países y continentes, sus colonias, a menudo acompañados de la explotación incontrolada y religiosos, los misioneros cristianos no sólo ha traído a los habitantes de las tierras de la fe, pero a menudo también les enseñó el estilo y la calidad vida. Ciertamente, en el ínterin, incluso nuestros gobiernos han aprendido a hacer algo sobre la pobreza en tierras lejanas. Pero también es innegable que aun en el siglo XVIII y XIX sería inútil intentar el “Ministerio de Desarrollo.” En el pasado, los cristianos fueron los primeros en ser promotor de una mayor justicia. En su compromiso con la paz no tienen nada que envidiar a la eficacia de la labor de las autoridades del Estado - aunque se habla menos. El Sínodo de los Obispos para África, ya se ha mencionado antes de que dio un testimonio elocuente.

Pero, ¿quién examina con más detalle las contribuciones de la Iglesia en favor de un entendimiento pacífico entre los seres humanos, se apresura a señalar que el problema de una sociedad justa no puede resolverse sólo a través de acciones cotidianas. Va más allá de las categorías políticas. Como iglesias debemos llevar nuestra forma de pensar más allá del horizonte de la sociedad. Por lo tanto, subestimar la profundidad de las reflexiones del Papa, si tenemos en cuenta que ya responde a la pregunta que nos ocupa con la pretensión de “dar a cada uno lo suyo”. Así que el Papa nos enseña que la definición clásica no se considera suficientemente lo que es que “su”, que debería estar permitido. No se tarda mucho en reconocer que “su” no puede ser prescrita por la ley y no puede obtenerse sólo mediante medidas administrativas.

El Papa toma nota de que una vida plena depende de algo que tiene el carácter de un regalo. Yendo más allá del horizonte meramente mundana en la demanda de justicia, dice claramente: “Podríamos decir que el hombre vive en ese amor que sólo Dios puede decir de haber creado a su imagen y semejanza”. La justicia distributiva, que debe ser perseguido y que cada uno reconoce el promotor de la paz, todavía no es capaz de dar al hombre todo lo que necesita, “ella”.

Como el Papa por lo que debemos ir más allá de la forma común de pensar acerca de la antropología para llegar a una visión integral del hombre: así, el concepto de justicia revela su contenido. Benedicto XVI está liderado por la Palabra de Dios, sino por la elección de este camino, no se pierdan en cualquier mesa de la especulación camino. Sólo confirma lo que vemos en nosotros mismos y en la historia, si miramos con suficiente atención. El mal viene de dentro, del corazón del hombre como dice el Señor en el Evangelio (cf. Mc 7, 14 y ss.). William Shakespeare y Georges Bernanos, que vieron en sus obras, como en “Richard III” o “Bajo el sol de Satán” de Stalin - por ejemplo, en Ucrania - y Hitler - en Auschwitz - no tenían reparos en dejar rienda suelta a su malignidad. La propia experiencia nos enseña que el mal sería ingenuo confiar únicamente en la justicia humana que se produce en las estructuras y los comportamientos desde el exterior. El corazón humano necesita ser remediada. La curación desde el interior sin duda no les exime de nuestros propios es-

fuerzos, todos deben ser conscientes de su condición. Pero el hombre no puede curarse de sus propias fuerzas - con un entrenamiento físico o mental. El Papa Benedicto XVI dice: “En fin de tener acceso a la justicia y por lo tanto debe salir de la ilusión de la autosuficiencia, desde el profundo estado de cierre, que es el origen mismo de la injusticia”.

Como cada año, el mensaje de Cuaresma insta a todos los hombres de nuestro tiempo para realizar buenas acciones. No dejar de buscar una mejor distribución de alimentos, agua y medicinas. Nos vemos después del terrible terremoto en Haití, la gran generosidad de muchas personas. Pero la palabra del Papa es ante todo un desafío a nuestra voluntad de confiar en Dios y creer en Él que ponen en cuestión en el debate general sobre la justicia y la paz es fácilmente olvidado o silenciado. En uno de tales auto-aislamiento impuesto por la espalda a Dios - se podría hablar del autismo de un “hombre causados por la secularización” - El Papa Benedicto XVI se opone a su fuerte referencia a Dios ya su oferta de amor. De hecho, nunca pierde la oportunidad de recordar en cualquiera de sus discursos importantes, ni siquiera por accidente el domingo pasado puso Dios en el centro de la breve meditación antes del Ángelus. En este mundo que es cada vez más autosuficientes, evidentemente, considera como su servicio más importante para dar testimonio de Dios y animar a los hombres a entregarse a Él en la fe.

La última parte de su mensaje, el Papa subraya la salvación en Cristo como el fundamento de la justicia humana. Para destacar este se remonta a un pasaje central de la carta de St. Paul a los cristianos de nuestra ciudad. Sin haber ganado, los hombres son justificados por la gracia de Dios, mediante la redención que es en Cristo Jesús (cf. Rm 3, 24). Así que cualquier intento de querer obtener la justicia como su propio mérito está dirigido ad absurdum. Sobre todo para nosotros esto puede parecer sólo irritante, porque la experiencia continua que sólo lo que hemos ganado con nuestra propia fuerza que nos pertenece y nos dio nada, ya que pasa por alto si no levantar la voz para reclamar lo que es nuestro. La vida ordinaria de hoy nos lleva de vuelta a Dios, su ausencia, las marcas de nuestra experiencia cotidiana. Otra vez que descubrimos que el Evangelio no está en sintonía con la burguesía y el sentido común para que esto sea proclamado una y otra vez.

En las palabras del Papa: la Justicia Divina, que se produjo en la sangre de Cristo, es fundamentalmente diferente de la humana. “Dios tiene por nosotros en su Hijo pagó el rescate, un precio exorbitante. De la Cruz a la justicia el hombre puede rebelarse, porque demuestra que el hombre es libre de ser autosuficiente, pero necesita de otro para ser plenamente él mismo. Convertido a Cristo, crean en el Evangelio, significa básicamente la siguiente: salir de la auto-engaño para descubrir y aceptar su propia pobreza - la pobreza de los demás y con Dios, la necesidad de su perdón y su amistad”.